

gún diestro ofrezca realizar suertes inusadas o extraordinarias, desaparecerán del cartel las descripciones de cómo se desarrollará el festejo. La corrida ya está suficientemente implantada y desarrollada como para hacer necesarias dichas aclaraciones. Los nombres de los espadas terminarán antecediendo al de los picadores, e incluso, en algún caso, al de los ganaderos, porque aquéllos cobran un inusitado protagonismo desde la irrupción de Francisco Montes *Paquiro* en los ruedos. Y todo ello ocurrirá en tan sólo una década, frente a los más de cien años del modelo tradicional de cartel taurino, que allá por 1737 implantase la Corte.

El cartel se verticaliza

La aparición de carteles en formato vertical, predominando este eje sobre el horizontal, es uno de esos fenómenos que determinarán el cambio hacia el cartel romántico. El formato vertical, abandonado prácticamente desde que se impuso, a fines del XVIII, el modelo horizontal madrileño, prevaleciendo éste sobre los pequeños impresos verticales andaluces, retornará con fuerza y permitirá realizar carteles de mayor tamaño, ya que se necesitará menos espacio en la pared para mostrar anuncios más grandes. Y por su menor anchura relativa, obligará a esquematizar, de alguna manera, los mensajes que en él se contienen.

Desde los comienzos del cartelismo taurino, y con excepción de los pequeños avisos y listas de toros andaluces primitivos, se había adoptado un formato apaisado, promoviendo una moda que no variará a lo largo de un siglo y pico. El modelo del cartel primitivo de Madrid y áreas de influencia, adoptado finalmente en la práctica totalidad de la península desde finales del XVIII, nos mostraba un impreso cuyo eje horizontal era superior al vertical, y cuyas medidas, aunque podían oscilar de una localidad a otra, andaban, por lo regular, en torno a los 38-45 cm de eje horizontal, por 29-35 cm de eje vertical. Este tamaño se estandariza tanto en la Corte, como en carteles andaluces (Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz, etc.), como en Valencia y otras localidades que dependían de las influencias centrípetas de la Corte en orden taurómico.

Es difícil establecer la primera fecha en que el cambio de eje se produce, pero podemos aventurar que obedece a motivos ciertamente lógicos. El formato ver-

tical permite una más fácil lectura, especialmente entre los que estamos acostumbrados a la lectura de libros, hace que se siga mejor la línea siguiente –aspecto enojoso, por el contrario, que en los carteles horizontales podía producirse–. Además su pegado en las paredes es más sencillo, guardando la verticalidad con mayor precisión; los carteles horizontales, a veces, se pueden colocar oblicuamente sobre una supuesta línea horizontal; en los verticales no hay más que dejarlos caer sujetando su borde superior, para que la gravedad nos muestre dicha verticalidad, si no geométrica al menos suficiente. Junto a ello requieren, al ir aumentando su tamaño en las siguientes décadas, un menor espacio en horizontal para su colocación, aunque en ocasiones sea engorroso pegar carteles verticales de gran tamaño. Por todo ello, al ir aumentando las dimensiones del cartel taurino, y con objeto de facilitar su lectura y colocación, se acabará imponiendo el formato vertical, entre los carteles de mayor tamaño.

A mediados de la década de 1830 se había producido un aumento en el tamaño del cartel madrileño, sin abandonar, aun, su habitual formato apaisado. En 1835 el tamaño de estos carteles aumenta hasta los 40-45 cm de eje vertical (que eran las dimensiones del formato apaisado anterior) ampliándose hasta los 55-63 cm en su eje horizontal. Con su mayor tamaño se atraería la atención de un mayor número de transeúntes, reforzando dicha atención con el uso de orlas más complicadas y gruesas –que en estos carteles ya caben holgadamente, junto con el texto habitual– y con el empleo, a veces, de papeles tintados o coloreados. Esta modificación tuvo su eco en otros lugares, pero no fue norma que se extendiera al común del resto peninsular. Pero una de las verdaderas transformaciones del cartel romántico, sin embargo, se produce al cambiar, e imponer de ahí en adelante, su eje. De esos carteles que habían crecido en tamaño pero que seguían conservando su eje horizontal, se pasará a carteles, asimismo de tamaño mayor (aunque aun los habrá con inferiores dimensiones, generando varios modelos que habrán de dar lugar a los varios tamaños actuales), en formato vertical. Es difícil establecer, en algunos lugares, cuando se produjo esta pequeña revolución, pero será relativamente fácil en algunos otros.

En el cartel de Aranjuez de 1 de junio de 1830 –cuarta corrida de la temporada ribereña–, que reprodujera Cossío (1947: 692), vemos por primera vez el cambio de eje, recuperando la verticalidad de los carteles andaluces pri-

mitivos. Cartel de mano en el que Juan León y Roque Miranda actuarían como matadores, ayudados por José Monge, como media espada. El ganado lo constituirían seis toros de doña Manuela de la Dehesa y Angulo, propietaria de algunos de los últimos toros jijones. Cossío lo denomina “cartel imperio” por su orla, inspirada en motivos de la antigüedad clásica, con entramado vegetal que soporta medallones, camafeos, floreros y recuadros con esculturas clásicas, y presidido, en su parte superior, por el escudo de la monarquía española.

En Valencia, el primer cartel donde se impone el formato vertical es en el de la corrida de toros de muerte celebrada en la capital del Turia en los días 1, 2 y 3 de agosto de 1841. Cartel, procedente de la imprenta de Gimeno, en el que además aparecen por vez primera viñetas ilustrativas, y del que hablaremos más adelante. Su tamaño no deja lugar a dudas: 70353 cm, con predominio del eje vertical absoluto sobre el último cartel anterior (que era horizontal y de 37348 cm). De ahí en adelante, y con alguna escasa excepción, los carteles valencianos serán verticales en su inmensa mayoría, tanto en tamaños grandes -como éste-, como en otros más pequeños -de “banderilla” o de mano, de aproximadamente 30320 cm o poco más-. Los tamaños, lejos de estancarse, como había sido norma en los carteles antiguos, van a empezar a variar, y así, sólo en la década de los cuarenta, en la misma Valencia, veremos impresos cuya altura varíe entre los 62-72 cm y su anchura 40-53 cm. A medida que avance la década, también irá, paulatinamente, creciendo el tamaño del aviso impreso hasta dimensiones –sin salirnos de la década entre 1841 y 1850– de 106-113374-83 cm.

El barón de Davillier, en su conocido viaje de 1862, en el que estuvo acompañado del célebre Gustavo Doré, nos describe la impresión que le produjeron estos carteles taurinos de gran tamaño a su llegada a Valencia (1949: 65):

“Unos días antes de la corrida se ven las paredes tapizadas de carteles de todos los colores y de gigantescas dimensiones. Hemos visto algunos de cerca de dos metros de altura. Estos carteles ofrecen el programa detallado de la corrida, indican los nombres de los toreros y los de los toros, lo mismo que el de la ganadería, y acaban a veces con avisos al público en relación con la policía de la corrida, algunos de cuyos artículos ofrecen rasgos de costumbres muy divertidas...”